

llard, actriz llena de belleza y de talento, favorita de la reina poco antes, querida siempre del público, se había visto obligada por las amenazas de Chaumette á desempeñar el papel de la divinidad del pueblo. Entró en la iglesia en un palanquín cubierto con un dosel formado de ramas de encina, precedida de algunas mugeres vestidas de blanco y con cinturones tricolores. Las sociedades populares, las fraternales de mugeres, las comisiones revolucionarias, las secciones y los grupos de coristas, cantores y bailarines de la ópera, rodeaban aquel trono. Llevaba en los pies el coturno teatral, el cabello adornado con un gorro frigio, y el cuerpo apenas cubierto con una túnica blanca, y encima una clámide flotante de color celeste. La sacerdotisa fué llevada al son de los instrumentos hasta el pie del altar, y se sentó en el lugar en que poco antes la adoracion de los fieles buscaba el pan místico transformado en Dios. Detras tenia una inmensa antorcha que significaba la llama de la filosofía, destinada a alumbrar sola en adelante el recinto de los templos. La actriz encendió la antorcha; Chaumette recibiendo el incensario donde ardian los perfumes, de manos de dos acólitos, se arrodilló é incensó. Una imagen mutilada de la Virgen estaba á sus pies y Chaumette apostrofó aquel mármol desafiándolo á volver á ocupar su antiguo lugar en el respeto del pueblo. Los bailes y los himnos distraian la vista y los oídos de los espectadores. Ninguna profanacion faltó al antiguo templo, cuyos fundamentos se confundian con los de la religion y de la monarquía. El obispo Gobel, obligado por el terror, asistió en una tribuna á la parodia de los misterios que habia celebrado hacia tres dias en aquel mismo altar. Encadenado por el miedo, lágrimas de vergüenza corrian de los ojos del obispo. El mismo culto se propagó por imitacion en todas las iglesias de los departamentos. La lijera superficie de la Francia cedió á todos los vientos de Paris. Solo habia la diferencia de que en lu-

gar de escoger sus divinidades en los teatros, los representantes comisionados obligaron á castas esposas é inocentes doncellas á darse en espectáculo á la adoracion del pueblo. Muchas rescataron á este precio la vida de un marido ó de un padre. El sacrificio santificaba la impiedad á sus ojos. Algunos maridos patriotas prostituyeron á sus mugeres á las miradas de todos. Momoro, miembro de la municipalidad, y seide de Hebert, condujo él mismo la comitiva de su jóven y hermosa esposa á San Sulpicio. Aquella muger, cuyo pudor y piedad igualaban á su hermosura, lloraba y se desmayó de vergüenza en el altar. Una jóven de diez y seis años, hija de un encuadernador nombrado Loiselet entregada por su padre á la admiracion del pueblo, murió de desesperacion, arrancándose los adornos y las flores de su papel.

Las familias ocultaban la belleza de sus hijas ó de sus mugeres, para evitar los escándalos de aquellas adoraciones públicas.

## XXIII.

La devastacion de los santuarios, y la dispersion de las reliquias siguieron á la inauguracion del culto alegórico de Chaumette. En la plaza de Greve, lugar consagrado á los suplicios, quemaron los restos de Santa Genoveva, patrona popular de Paris, arrojando las cenizas al viento. Persiguieron hasta en los sepulcros las tradiciones de la religion, así como se habian perseguido ya las memorias, el respeto y las supersticiones de la patria. Ni aun la tumba fué un asilo inviolable para los restos de los reyes. Un decreto de la Convencion habia ordenado en odio al trono, la destruccion de los sepulcros de San Dionisio. La municipalidad, exagerando la medida política, cambió el decreto en atentado contra el sepulcro, contra



la historia y contra la humanidad, ordenando la exhumación de los huesos, la espoliación de las mortajas, y la fundición de las cajas de plomo para hacer balas.

Esta orden fué ejecutada por los individuos de la municipalidad, con todas las circunstancias y con toda la irrisión mas á propósito para aumentar el horror de semejante acto. Aquel pueblo enconado contra aquellos sepulcros, parecia exhumar su propia historia y arrojarla al viento. El hacha rompió las puertas de bronce que habia regalado Carlo-Magno á la basilica de San Dionisio. Verjas, artesonados, estatuas, todo cayó hecho pedazos por el martillo. Levantaron las piedras, violaron los sepulcros y deshicieron las urnas. Con una curiosidad burlesca registraron los cuerpos embalsamados, las carnes consumidas, los huesos calcinados y los cráneos de los reyes, de las reinas, de los principes, de los ministros, y de los obispos, cuyo nombre resuena en los fastos de la Francia. Pepin, fundador de la dinastía carlovingia, y padre de Carlo-Magno, no era mas que un monton de ceniza negruzca que se disipó en cuanto la dió el aire. Las cabezas mutiladas de Turena, de Duguesclin, de Luis XII, de Francisco I, rodaron por el suelo. Se andaba sobre un monton de cetros, de coronas, de báculos y de atributos históricos ó religiosos. Abrióse una inmensa zanja cuyo interior estaba cubierto de cal viva, en uno de los cementerios interiores llamado de los Valois. Los perfumes exalaban sus aromas en los subterráneos para perfumar el aire. Despues de cada hachazo se oían las aclamaciones de los enterradores cuando descubrian los restos de un rey ó jugaban con sus huesos.

Debajo del coro estaban enterrados los principes y princesas de la primera raza y algunos de la tercera. Hugo Capeto, Felipe el Atrevido y Felipe el Hermoso. Les quitaron los restos de sus trages de seda y los arrojaron en una capa de cal.

Enrique IV que estaba embalsamado por el método

italiano, conservaba su fisonomía histórica. En su pecho se descubrian aun las dos heridas que le causaron la muerte. Su barba perfumada y en figura de abanico, como se ve en sus retratos, mostraba el cuidado que aquel rey voluptuoso tenia con su cara. Su memoria querida del pueblo le protegió por un momento de su profanación. La multitud desfiló en silencio por dos dias delante de aquel cadáver aun popular, puesto en el coro al pie del altar, y recibió despues de muerto el homenaje respetuoso de los mutiladores del trono. Pero Javogues, representante del pueblo, se indignó de aquella superscripción póstuma, y en pocas palabras se esforzó en demostrar al pueblo que aquel rey valiente y enamorado habia sido mas seductor que servidor del pueblo. «Ergañó, dijo Javogues, á Dios, á sus queridas y á su pueblo; que no engañe mas á la posteridad y á vuestra justicia!» y arrojaron el cadáver al foso comun.

Sus hijos y sus nietos, Luis XIII y Luis XIV, le siguieron. Luis XIII estaba hecho aun momia. Luis XIV era un monton de drogas aromáticas. En su muerte habia desaparecido entre los perfumes, asi como en vida entre su orgullo. Tambien franqueó sus sepulturas el panteon de los Borbones, las reinas, los delfines y las princesas, fueron arrancados de sus ataúdes, y sus huesos llevados á brazadas por los trabajadores y arrojados á la zanja. El último que sacaron fué Luis XV. La infección de su reinado parecia salir de su sepulcro. Se vieron obligados á quemar una porcion de pólvora para disipar el olor mofético del cadáver de aquel príncipe cuyos escándalos habian envilecido el trono.

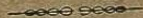
El panteon de los Valois estaba vacío. La justa ira del pueblo buseó allí á Luis XI. Este rey habia mandado que lo enterrasén en uno de los santuarios de la Virgen, á quien tantas veces habia invocado hasta para que le asistiese en sus crímenes.

El cuerpo de Turena, mutilado por una bala de ca-



ñon, fué respetado por el pueblo. Lo ocultaron á la inhumacion y se conservó nueve años en uno de los desvanes del gabinete de historia natural del jardín botánico, entre varios restos de animales disecados. El sepulcro militar de los Inválidos fué el sitio destinado despues á este héroe por mano de un soldado como él. Duguesclin, Suger y Vendome, héroes, abades y ministros de la monarquía, fueron arrojados sin distincion al foso que cubria aquellos recuerdos de gloria con los recuerdos de la esclavitud.

Dagoberto I, y su muger Nantilde, descansaban en un mismo sepulcro hacia doce siglos. Al esqueleto de Nantilde le faltaba la cabeza, así como á los de muchas reinas. El rey Juan cerró esta lúgubre procesion de muertos: los sepulcros estaban vacios. Entonces se notó que faltaba un despojo, que era el de una joven princesa hija de Luis XV, que habia huido á un convento de los escándalos del trono, y que murió con el hábito de carmelita. La venganza de la revolucion fué á buscar el cuerpo de aquella virgen al sepulcro del claustro, á donde habia ido huyendo de las grandezas, y llevaron su féretro á San Dionisio para hacerle sufrir el sacrificio de la exhumacion y del muladar. Ningun despojo mortal se libró de esta suerte: nada de lo que habia sido real fué reputado inocente. Aquel instinto brutal de la revolucion revelaba en la Francia el deseo de repudiar su largo pasado, así como su voluntad de que todas las páginas de su historia datasen solo de la república.



## LIBRO CINCUENTA Y TRES.

El terror en los departamentos.—Carrier en Nantes.—Fusilamientos, ahogados y matrimonios republicanos.—Carrier es llamado á Paris.—José L. bon en Arras y en Cambray.—Numerosas ejecuciones.—Maignet en el Mediodia.—Tallien en Burdeos.—Madama de Fontenay (Teresa Cabarrús).—Esta calma á Tallien.—Robespierre (el joven) en Vesoul.

### I.

Paris no era el único teatro de devastacion y de horror. Los representantes de la Convencion y los agentes de la municipalidad lo llevaban por toda la superficie de la Francia. Carrier en Nantes se esforzó por esceder en número y ferocidad de asesinatos á los de Collot de Herbois en Lyon. Buscando en el martirologio de los primeros cristianos, y en las depravaciones del imperio romano suplicios que imitar y refinamientos de crueldad, inventaba torturas y obscenidades para saciar la sed de sangre que le atormentaba. La Convencion no fijaba la vista en estos escesos. Nantes era un campo de carnicería en donde todo era permitido como en el furor de un combate. El paso del Loira por los vendeanos, la insurreccion de los nobles, de los sacerdotes y de los labra-

CAPITULO ALFONSTINA